

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los favores con que colmásteis al santo Rey David, y en particular por la promesa que le hicisteis del Mesías. Dadme su humildad, su devocion, su vivo reconocimiento hácia vuestros beneficios, y su valor contra los enemigos de mi salvacion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me postraré de rodillas siempre que vea pasar el santísimo Sacramento.*

LECCION XXXV.

PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Peca David. — Dios le envia á Natan. — Rebelion de Absalon. — David sale de Jerusalem. — Derrota y muerte de Absalon. — Nueva falta de David. — Su muerte. — David, décimasexta figura del Mesías.

En medio de la gloria que David se habia adquirido con sus hazañas y virtudes, este Príncipe tan sabio y piadoso se olvidó de Dios durante algun tiempo, y demostró con su ejemplo cuánto debe temer el hombre su propia flaqueza, y precaverse contra los peligros á que aquella le expone. David cometió dos crímenes enormes: permaneció en la enemistad de Dios durante un año, pues tan profundas son las tinieblas que el pecado lanza hasta en las almas mas santas. Pero mientras vivia en este olvido de Dios y de sus deberes, el Señor se compadeció de él, y le envió el profeta Natan para abrirle los ojos y hacerle volver en sí.

El Profeta cumplió animosamente su encargo. En castigo de vuestro doble crimen, le dijo, no saldrá la espada de vuestra casa; el Señor sacará los ministros de su venganza de vuestra propia familia, que va á ser un teatro de desgracias.

Movido David por las reprensiones del Profeta, volvió en sí y reconoció su falta, y olvidando que era rey para acordarse únicamente de que era pecador, se condenó á sí propio sin excusa. He pecado contra el Señor, dijo en medio de un dolor amargo y profundo; y aceptó con humilde sumision todos los males que Natan habia vaticinado que caerian sobre su familia. El Señor, que no rechaza jamás un corazon contrato y humillado, le dijo por boca del mismo Profeta que le restituia su amistad; pero le mandó que expiase los crímenes que le habia perdonado, en interés de su gloria y en interés mismo de David penitente.

Absalon, uno de los hijos de David, se rebeló contra él. Este Príncipe se habia granjeado el afecto de la multitud haciéndose popular; todas las mañanas se ponía en la puerta del palacio, y cuando un israelita se presentaba para terminar un negocio delante de David, le dirigia la palabra y le hacia mil halagos. Contadme, le decia, el objeto que os trae á la corte. Cuando habian satisfecho su curiosidad, añadía: En verdad que no hay cosa mas justa y razonable que lo que pedis, pero ¿y el medio de alcanzar justicia? ¿Ha nombrado acaso el

Rey personas que oigan las súplicas de sus súbditos? Si yo tuviese alguna autoridad en Israel para juzgar á los súbditos del Rey, serian recibidos sin dificultad, sacrificaría á esta ocupacion mi reposo, y daría sentencias equitativas. Si alguno iba á hacerle la corte, le alargaba la mano y le abrazaba, hablaba con familiaridad con todo el mundo, y nadie se apartaba de su lado sin quedar encantado de su aire afable, oficioso y halagador.

Absalon se formó un gran número de partidarios con estas palabras y maneras seductoras; y cuando creyó que habia llegado el momento favorable, se alejó de Jerusalem so pretexto de ir á cumplir un voto. Sus partidarios le acompañaron, y él se hizo proclamar rey. Una multitud de pueblo, al saberlo, se incorporó con él, y al momento se dirigió contra Jerusalem.

David resolvió emprender la fuga para evitar mayores males, y salió de su capital acompañado de sus mas valientes soldados. Tenia entonces mas de sesenta años. Pasó el torrente de Cedron y subió al monte de los Olivos con la cabeza cubierta y los ojos bañados en lágrimas. Absalon entró en tanto triunfalmente en Jerusalem, y todo cedió ante su paso; pero David se alejaba cada vez mas, y en tan triste viaje bebió hasta las heces el cáliz de las humillaciones. Viendo un descendiente de Saul, llamado Semeí, el estado á que habia reducido el Señor á este Príncipe, quiso darse el cobarde placer de insultarle á su gusto, subió á una colina, y siguiendo á David paso á paso, vomitó contra él toda clase de injurias, y hasta tuvo la insolencia de arrojar piedras contra el Rey y sus tropas. Uno de los oficiales de David le pidió el permiso de ir á castigar á aquel insolente; el santo Rey se contentó con responderle: Permite á ese hombre que maldiga á un culpable que Dios maldice, pues el Señor se sirve contra mí de la malicia de Semeí. Y ¿qué somos nosotros para pedir cuenta de su conducta al Rey de los reyes?

La permanencia de Absalon en Jerusalem dió, sin embargo, tiempo á David de reconocerse y aumentar su ejército. Los rebeldes se pusieron tambien en movimiento y fueron á acamparse bastante cerca de las tropas reales. Preparáronse de una y otra parte al combate. David queria mandar en persona, pero le hicieron ver que era necesario poner en seguridad su vida. Llegó al campo de David en aquel momento una noticia que contribuyó á animar la esperanza del triunfo: Aquitofel, que habia sido el alma de la conjuracion, el consejero de Absalon, que habia entregado al hijo la corona de su padre, arrebatado de despecho viéndose despreciado, se habia ahorcado en su propia casa.

David llamó á sus tres generales antes de enviarles al combate, y les dijo en presencia de todo el ejército: Conservad sobre todo á mi hijo Absalon. Trabóse la batalla, y fué derrotado el ejército de los re-

beldes. El mismo Absalon, mezclado entre los fugitivos, se refugió en un bosque cercano, donde le encontraron los soldados del ejército de David, que le dejaron huir recordando las órdenes de su Rey. Corria á rienda suelta montado en una mula de extrema ligereza, cuando el animal pasó por debajo de una encina muy copuda, y el jinete se vió cogido por la cabeza, ya sea que quedara su cuello entre dos ramas, ya que su cabellera, sumamente larga, se enredase de modo que lo dejara asido al ramaje del árbol. La mula pasó, y le dejó colgado entre el cielo y la tierra.

Descubrióle en este estado un soldado del ejército de David, que corrió á decir al general Joab: He visto al hijo del Rey colgado de una encina en el bosque. ¿Le has visto, dijo Joab, y no le has traspasado el cuerpo con la espada? Yo te hubiera dado diez monedas de plata y un tahalí. Aunque me diérais mil, respondió el soldado, no hubiera puesto mi mano en el hijo del Rey; todos estábamos presentes cuando os daba la orden de conservarle sobre todo á su hijo Absalon. Pues si tú no quieres, añadió Joab, lo haré yo. Dijo, y tomando tres dardos, corrió hácia el paraje que le habia indicado. Encontró allí al miserable Absalon, le traspasó el cuerpo con tres heridas, y como palpitaba aun suspendido de la misma encina, diez jóvenes escuderos ó ayudantes de campo de Joab se dirigieron hácia el Príncipe y le acabaron de matar hiriéndole tres veces con la espada: terrible, pero justo castigo de un hijo rebelado contra su padre.

Este General envió en seguida un mensajero dando á David la noticia de su victoria. Cuando llegó el mensajero, se postró á las plantas del Rey y le dijo: Bendito sea el Señor Dios de David que ha confundido á todos los rebeldes. Pero, ¿mi hijo Absalon, replicó el Rey, mi hijo está vivo? Mientras el primer enviado meditaba su respuesta, llegó otro mensajero que confirmó á David la noticia de la victoria. Pero no me habláis de Absalon, dijo el Rey; ¿no le ha sucedido ninguna desgracia? Señor, respondió el mensajero, ojalá se vieran todos los enemigos del Rey como ese hijo rebelde! David comprendió el significado de tales palabras, é insensible á la victoria y enteramente ocupado de la muerte de su hijo, no preguntó siquiera las circunstancias ni los autores, y fué á encerrarse en solitario aposento. ¡Absalon, hijo mio! exclamaba, hijo mio Absalon! ¿por qué no puedo morir por tí? No salía de su boca mas palabra que el nombre de su hijo, y fuera de sí y con la cabeza encubierta repetía sin cesar: ¡Absalon hijo mio! hijo mio Absalon! Alma mia, las tiernas palabras de David deben recordarte los gemidos mas tiernos aun de tu Salvador cuando tuviste la desdicha de perder la vida de la gracia con el pecado. ¿Podrás consentir aun en contristar el corazón de tan buen Padre?

Ofendido Joab de que el Rey tomase tan poco interés por el triunfo de sus armas, se presentó á David, se atrevió á reprenderle el que

amase á los que le aborrecian mientras aborrecia á los que le amaban, y le obligó á que se mostrase en público á recibir las felicitaciones de su pueblo por la victoria que acababa de alcanzarse. David era clemente; mas la clemencia tiene sus límites, perdonó á los que habian abrazado el partido de su hijo, y en cuanto á Joab, que tan insolentemente habia faltado á sus órdenes, mandó en su agonía á Salomon que le diese muerte, cuyo mandato se llevó á efecto.

Al volver á ocupar el trono, David restableció el orden que habia turbado la rebelion; mas la paz que empezaba á disfrutar le hizo incurrir en una nueva falta menos grave sin duda que las que Dios habia castigado en él tan severamente, pero que fué bastante para atraer un terrible azote sobre su pueblo. Memorable ejemplo que nos demuestra que el hombre, por justo ó penitente que sea, siempre es hombre, expuesto siempre á tentaciones y pecados. Por un impulso de vanidad David trató de enumerar su pueblo; se le manifestó que este empadronamiento fastuoso ofenderia al Señor, y no dejaria de atraer sobre Israel nuevos castigos. La vanidad de los grandes no siempre presta oido á los consejos; David quiso que se le obedeciera, y se verificó el empadronamiento. Apenas satisfecha su vanidad, reconoció su falta. El Señor se la perdonó, pero con condiciones que le propuso por medio de uno de sus Profetas.

Príncipe, le dijo el Profeta, hé aquí lo que dice el Señor: No os libraréis del castigo que mereceis; pero de los tres azotes que os presento elegid el que querais: ó afligirá á vuestro reino un hambre de tres años, ó durante tres meses huiréis delante de vuestros enemigos, ó la peste reinará durante tres dias en Israel.

Me hallo en una cruel perplejidad, respondió David; pero ya que es necesario, elijamos el azote en que tenga menos parte la malicia de los hombres, porque es preferible caer en las manos de Dios que en las de los hombres. Este terrible azote se esparció al instante por todo el reino, y antes del tercer dia habian perecido ya setenta mil hombres. David, penetrado de dolor, prosternó su rostro en el suelo diciendo: Señor, yo solo he pecado, yo solo he hecho el mal; ¿qué culpa tienen esas inocentes ovejas? Descargad vuestra ira contra mí y la casa de mi padre, pero os suplico que perdoneis á vuestro pueblo.

La súplica de David era sincera; Dios no pudo resistir, y mandó á su Ángel que volviese á envainar su espada. Así es como todo un pueblo es castigado por la falta de un solo hombre; pues es verdad, como hemos dicho ya, que si los justos son omnipotentes para atraer sobre sus hermanos las bendiciones del cielo, no lo son menos los malos para acarrear maldiciones y castigos.

David se aproximaba á la edad de setenta años; sus grandes fatigas le habian debilitado en extremo, y comprendió que no estaba lejos su muerte. Llamó por consiguiente á su presencia á su hijo y sucesor

Salomon para darle sus postreras instrucciones. Voy á morir, hijo mio, le dijo, ten valor, pórtate como príncipe generoso, y observa los mandamientos del Señor tu Dios para atraer sobre tí sus bendiciones y consolidar tu trono.

Despues de darle algunos otros consejos relativos al gobierno, David se durmió con su último sueño, y descansó con sus padres lleno de años y de méritos, respetado y querido de sus pueblos, que habia gobernado mas bien como padre que como rey, y amado de su Dios, á quien habia tenido la desgracia de ofender en los mas hermosos dias de su vida, á pesar de una juventud pasada en el trabajo y la inocencia, pero con quien se habia reconciliado con el fervor de su penitencia y la humildad de su sumisión. Rey segun el corazon de Dios, fué al mismo tiempo el padre, el profeta y la figura del Mesías.

En efecto, David nace en Belen, y en la misma ciudad nace Nuestro Señor. — David es grato á Dios, que le elige por rey y libertador de su pueblo, y Nuestro Señor es el objeto de las delicias del Padre, que le elige por rey y libertador de los hombres. — David es elegido para calmar el furor de Saul, de quien se habia apoderado el espíritu maligno, y Nuestro Señor es elegido para arrojar los demonios, y aniquilar su imperio. — David, armado tan solo de un palo y de una honda, marcha contra el gigante Goliat que hacia cuarenta dias insultaba al ejército de Israel, y Nuestro Señor, armado de su cruz, marcha contra Satan que hacia cuarenta siglos insultaba al género humano. — Goliat se mofa de David y desprecia su debilidad; el demonio y el mundo se mofan de la debilidad aparente de Jesucristo, cuya cruz llaman una locura. — Á pesar de la desigualdad de las fuerzas, David mata á Goliat, y á pesar de la aparente desigualdad de las fuerzas, Nuestro Señor derrota al mundo y al demonio. — David es perseguido por Saul, á quien, sin embargo, no ha hecho mas que bien, y Nuestro Señor es perseguido por los Judíos y por el mundo, á los que, sin embargo, no ha hecho mas que bien. — David solo opone á Saul la dulzura y la paciencia, y Nuestro Señor solo opone la dulzura y la paciencia á los que le persiguen. — David perdona dos veces á Saul; Nuestro Señor perdona continuamente á sus enemigos. — Los hijos de Jacob reconocen, por fin, á David por su rey despues de treinta años de trabajos y persecuciones, y despues de treinta años de humillaciones, trabajos y padecimientos, Nuestro Señor es reconocido, al fin, Rey de los reyes; despues de tres siglos el universo le adora, y al fin de los siglos los mismos Judíos abrazarán su ley santa. — Peca David, y se ve obligado á huir de Jerusalem para expiar su pecado; Nuestro Señor es inocente, pero es conducido fuera de Jerusalem para expiar los crímenes del mundo, que él no ha cometido. — David pasa llorando el torrente de Cedron, y Nuestro Señor pasa el mismo torrente con el corazon penetrado de dolor. — David sube con los piés

descalzos al monte de los Olivos, y Nuestro Señor sube tambien al mismo monte. — Acompañan á David un reducido número de fieles servidores, y acompañan á Nuestro Señor su santísima Madre, san Juan y algunas personas piadosas. — David es insultado en su afliccion por Semeí, y Nuestro Señor es insultado por los Judíos en la cruz. — David prohíbe que hagan mal al hombre que le maldice, y Nuestro Señor ruega á su Padre que perdone á sus verdugos. — Aquitofel, que hace traicion á David, se ahorca de desesperacion por verse despreciado, y Judas, que hace traicion á Nuestro Señor, se ahorca tambien de desesperacion, porque es despreciado por los sacerdotes de Jerusalem. — David vuelve triunfante y recibe el homenaje de sus súbditos, y Nuestro Señor sale triunfante del sepulcro y recibe los homenajes del mundo entero.

Esta figura nos muestra dos nuevos caracteres del Mesías: 1º. que será Rey, pero un Rey lleno de dulzura, y 2º. que solo llegará á fundar su imperio á fuerza de trabajos y contradicciones.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber perdonado con tanta bondad al santo rey David; dignaos perdonarme con la misma misericordia, y darme siempre un corazon contrito y humillado con una gran sinceridad en la confesion de mis faltas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nanca estaré ocioso.*

LECCION XXXVI.

PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Salomon rey. — Su súplica al Señor. — Alcanza la sabiduría. — Da principio á la construccion del templo. — Descripcion del templo. — Su dedicacion. — Nube milagrosa. — Fuego bajado del cielo. — Reina de Sabá. — Caída de Salomon. — Salomon, décimaséptima figura del Mesías.

Muerto David, el primer cuidado de su hijo y sucesor Salomon fué hacerle los últimos honores con toda la magnificencia debida á un padre que le dejaba en herencia uno de los mas hermosos reinos del mundo, y le dió sepultura en la ciudad de Sion, que llevó siempre desde entonces el nombre de ciudad de David. Instruido con las lecciones y ejemplos de su virtuoso padre, Salomon inauguró su reinado cumpliendo fielmente todos los deberes de un príncipe; la justicia, la clemencia hácia sus súbditos, la piedad hácia Dios y una prudente desconfianza de sí propio inspiraron las mas halagüeñas esperanzas, y á ejemplo de David se gloriaba de ofrecer sus homenajes al Señor, á quien debía la corona y la vida.

Un dia se dirigió al monte de Gabaon, donde se conservaba aun la misma tienda que Moisés habia mandado hacer en el desierto para cubrir el arca de la alianza. Despues de un sacrificio ofrecido en presencia de toda la corte, Salomon se retiró para tomar un poco de descanso; enternecido el Señor con una piedad tan rara y profunda en un jóven rey, no tardó en recompensarla. Aquella misma noche se le apareció en sueños y le dijo: ¿Qué quieres de mí? Pide y serás oido. ¡Oh! Señor, respondió Salomon, me habeis sentado en el trono de David mi padre; yo no soy mas que un niño sin experiencia que no sabe guiar ni gobernar un gran pueblo; os pido un corazon dócil, un sentido recto, en una palabra, la sabiduría necesaria para el gobierno.

Deseos tan puros no podian menos de ser atendidos. Ya que me has pedido eso, le dijo el Señor, y no todos esos bienes que halagan la ambicion y la codicia de los reyes, una larga vida, riquezas y gloria, te concedo lo que has pedido, es decir, una sabiduría que ningun hombre ha tenido antes y que ningun otro tendrá jamás despues, y añadiré á este favor lo que no me has pedido, las riquezas, la abundancia y la gloria.

Salomon se despertó despues de oír estas palabras; animado de un nuevo fervor, se dirigió á Jerusalem, donde ofreció numerosos sacrificios para manifestar al Señor el vivo reconocimiento de que estaba